

## EMBARAZO VIRGINAL DE MARIA

### DÍA IONCE

#### ARTÍCULO I

#### LA SAGRADA ESCRITURA

Quæ est expectatio mea, nonne Dominus?  
*Psal. XXXVIII, 8.*

Levate capita vestra, quoniam appropinquat redemptio vestra.  
*Luc., XXI, 28.*

Antiqua ne intueamini; ecce ego facio nova, et nunc orientur.  
*Isa., XLIII, 19.*

Domine exercituum, usquequo non misereberis Jerusalem, et urbium  
Juda, quibus iratus es!  
*Zach., I, 12.*

Exaudi Domine, placare Domine; attende, et fac; ne moreris propter  
temetipsum Deus meus.  
*Dan., IX, 19.*

Da testimonium his, qui ab initio creaturæ tuæ sunt, et suscita prædica-  
tiones, quas locuti sunt in nomine tuo.  
*Eccli., XXXVI, 17.*

Dabis, Deus, veritatem Jacob, misericordiam Abraham, quæ jurasti  
patribus nostris a diebus antiquis.  
*Mich., VII, 20.*

Rorate cæli de super et nubes pluant justum, aperiaturl terra et germi-  
net Salvatorem.  
*Isa., XLV, 8.*

Quare in perpetuum oblivisceris nostri, derelinques nos in longitudinem  
dierum?  
*Thren., V, 20.*

Recordare, Domine opprobium nostrum, servi domiuati sunt nostri,  
non fuit qui redimeret de manu eorum.  
*Ibid., 1.*

Tu Domine Pater noster redemptor noster, convertere propter servos  
tuos.  
*Isa., LXIII, 16.*

Domine Pater noster es tu; ecce respice, populos tuos omnes nos.  
*Id., LXIV, 9.*

Utinam dirumperes caelos et descenderes; a facie tua montes defluerent  
ut notum fieret nomen tuum inimicis tuis; a facie tua gentes turbarentur.  
*Ibid., 1.*

Descendi-ti, et a facie tua montes defluerunt, a sæculo non audierunt,  
neque auribus percep-runt, oculos non vidit, Deus, ab-que te, quæ præpa-  
rasti expectantibus tæ.  
*Id., 4.*

Numquid ego, qui alios parere facio, ipse non parturiam. Si ego qui ge-  
nerationem cæteris tribuo, sterilis ero, ait Dominus Deus tuu? Lætamini  
cum Jerusalem, et exultate in ea omnes qui diligistis eam. gau lete cum  
ea gaudio universi qui lugetis super eam; ut singatis et repleamini ab ubere  
consolationis ejus et deliciis affloatis.  
*Id., LXVI, 9-11.*

Hæc dicit Dominus: Ecce ego declinabo super eam quasi fluvium pacis,  
et quasi torrentem inundantem gloriam gentium: ad ubera portabimini,



et super genua blandientur vobis, quomodo si cui mater blandiatur, ita ego consolabor vos, et in Jerusalem consolabimini: videbitis, et gaudebit cor vestrum, veniet omnis caro ut adoret coram facie mea.

*Id., Ibid.*

## ARTÍCULO II LOS PADRES

I. Hermana y Señora mía de la cual soy yo el criado, madre de mi Dios y sierva de vuestro Hijo, Madre del Salvador del mundo; os ruego y suplico que derraméis en mí el espíritu de vuestro Hijo, el espíritu de mi Redentor, para que en lo que respecta á vuestro servicio comprenda yo y saboree, diga y practique lo que es más conforme con la verdad y más propio para procurar vuestra gloria. (*Ildephon. I. de Virginit. Mar.*)

II. Eres elegida de Dios, acepta á Dios, llamada por Dios, acercada á Dios, colocada junto á Dios y unida con Dios. Fuistes visitada por un ángel, bendita por un ángel y glorificada por un ángel. Sus palabras te turbaron y confundieron, te sorprendió su salutación, te admiró lo que te anunciaba, y supiste que habías hallado gracia ante el Señor y te tranquilizaste en tus justos temores. Nació de nuevo la confianza en tí, supiste los prodigios obrados en tu prima y fuiste llamada á gozar de una gloria inaudita. (*Id. Ibid.*)

III. Los secretos divinos permanecieron ocultos para nosotros, y según las palabras de los profetas, nadie puede sondear los designios de Dios. Sin embargo, los actos subsecuentes y los preceptos de Nuestro Señor Jesucristo nos dejan comprender que entraba en los designios del corazón de Dios escoger para madre de su Hijo á una virgen que estuviese unida en matrimonio con un hombre. (*Am-bros. in Luc. I. 2.*)

IV. ¿Por qué fué conocido el secreto de su maternidad cuando no era todavía más que una simple desposada? Probablemente para que no se dijera que su hijo era hijo del adulterio. Dos cosas hace notar el Evangelio acerca de esto: que era desposada y virgen; virgen, para que contase que no había conocido varón; desposada, para que su virginidad estuviese al abrigo de toda sospecha injuriosa. (*Id. Ibid.*)

V. Prefirió el Señor más bien que dudaran algunos acerca de su nacimiento, que acerca de la virginidad de su madre: porque sabía cuán delicada es esta virtud en una joven y su reputación sobre esto, y no quiso que se estableciera la fe de su nacimiento con peligro de la honra de su madre. No sufrió, pues, menoscabo alguno la reputación de María, ni tampoco su virginidad, que permaneció inviolable y exenta de sospecha. Los santos deben aparecer irrepochables hasta á los ojos de los mal intencionados. (*Id. Ibid.*)

VI. ¿Por qué no es una virgen, sino una mujer casada la que concibió al Salvador? En primer lugar, para que conociéramos la genealogía de María por la de José; en segundo lugar, para que no fuese apedreada por los judíos como adúltera; en tercer lugar, para que en su huida á Egipto le sirviese su esposo de protector. San Ignacio mártir indica otra razón para justificar esta concepción, realizada preferentemente en el seno de una mujer casada; y es, dice, la de que ignorase el demonio, el nacimiento del Salvador, que viéndole salir del seno de semejante mujer, debía creer naturalmente que era el fruto, no de una virgen, sino de una mujer común. (*Hieron. I. S. in Math.*)

VII. Cuando leemos: antes de que hubiesen convenido, no quiere decir esto que hayan convenido más tarde, pues la Escritura nos dice simplemente que no tuvo lugar. (*Id. Ibid.*)



## ARTÍCULO III

## PLAN Y ASUNTO

Tres virtudes concurren á hacer admirablemente de María la madre de Dios: su virginidad, su humildad y su fe.

## I. Su virginidad.

Se necesitaba una virtud muy superior á la de los ángeles para unirse con el Padre Eterno y producir un Hijo como Él. Debía estar preparada por la pureza misma para recibir la virtud desde lo alto y la visita del Espíritu Santo. María, con su precoz é irrevocable resolución de renunciar para siempre á los goces de los sentidos, asignó á la virginidad su verdadero carácter, y de este modo preparó en la tierra una madre al Hijo de Dios.

## II. Su humildad.

La virginidad es ciertamente digna de todas nuestras alabanzas; pero debemos confesar que nada sería sin la humildad. Los ángeles malos, eran castos; pero como eran soberbios, á pesar de su castidad Dios les maldijo y les precipitó á los infiernos. Era preciso que fuéese María tan humilde como orgullosos fueron los espíritus rebeldes. Por esto brotan de los labios de la Virgen estas palabras que expresan la pureza de su alma: *Ecce ancilla Domini*. Necesitaba Dios oír estas palabras para penetrar en ese seno virginal; prueba esto admirablemente un santo doctor de la Iglesia: *Virginitate complacuit, humilitate concepit*.

## III. Su fe.

María debió concebir al Hijo de Dios en su espíritu antes de concebirle en sus entrañas, y esta concepción del espíritu no podía efectuarse sino por la fe; por esto agregó: *Fiat mihi secundum verbum tuum*. Por estas palabras

penetró el Verbo en el seno de la Santa Virgen como una semilla celeste; y recibirle no era otra cosa sino concebir al Verbo en el espíritu.

Tengamos, pues, una fe firme, y el Verbo se incorporará en nosotros, y por medio de esta encarnación participaremos de la dignidad de la madre de Dios.

## ARTÍCULO IV

## Extractos y pensamientos diversos

Es mi ánimo hacerlos admirar la virtud de la santa Virgen haciéndolos comprender que aun sabiendo la opinión que se tendría de ella, no se ocupó en revelar á nadie el secreto de su maravilloso embarazo. Yo veo en su silencio una reserva extraordinaria y una modestia incomparable. Ya sabéis que las personas de su sexo que cuidan de conservar su virginidad, tienen el prurito de manifestar que la conservan sin mancha; y tal vez es el único punto sobre el que confiesan sin reserva que desean hacerse notables.

No podemos negar que esto es admirable, y sobre todo, en la Santísima Virgen que tenía de su lado, si hubiese querido hacer ostentación de esto, en primer lugar, la verdad que es tan pederosa, luego la inocencia de sus costumbres que no merecían tacha, y después su sinceridad, de la que no hubiera dudado ninguna persona honrada; y últimamente, un testimonio irrecusable en San José, que con su bondad y sencillez natural hubiera dicho que era cierto que su esposa era castísima, y que Dios se lo había anunciado. Pero en ninguna parte vemos que haya hablado María de esto, y las santas Escrituras no dicen una sola palabra. Sólo una vez manifestó su gozo, cuando impelida por las profecías de su prima Isabel, que la proclamó bienaventurada, le abrió su corazón, y sintiéndose obligada á dar gracias en alta voz á la bondad divina, cantó en la efusión de su alma: que el Todopoderoso hizo en ella cosas grandes y maravillosas. En todo lo demás, oye, medita, observa y estudia en su corazón; pero nunca habla..... sólo con Dios disfruta de su gozo semejante, sin partirlo sino con los que son del agrado del Espíritu Santo; espera que Dios descubra esta maravilla cuando convenga á la gloria de su servidor. Dios sabe que ella es virgen y esto le basta. ¡Oh silencio, oh reserva! ¡Oh alma que está satisfecha sólo con agradar á Dios y cumplir con su conciencia! ¡No habla siquiera de aquello en que se interesa su virginidad que tan cara le es! ¡Deja que el mundo crea todo lo que quiera y lo que Dios permita que crea y oculta una gloria que tanto la ensalza y calla un gozo que debería manifestar enyanecida! ¡Oh Salvador Jesús, oh Dios oculto que no hacéis brillar á nues-



tros ojos más que nuestras debilidades é inspirásteis tan profunda humildad á la bienaventurada María nuestra madre; hacédnos gustar vuestras dulzuras en la sencillez de corazón; sólo voz contentáis nuestros deseos y llenáis nuestras almas!—(Bossuet).

II. ¿Por qué no advirtió el ángel desde luego á José como advirtió á la Virgen antes de que concibiera por el Espíritu Santo? Esto hace temer alguna dificultad; porque si nada anuncia el ángel á José, ¿cómo no lo hace notar la Virgen al ángel que todo se lo había comunicado? ¿Cómo al ver á su esposo tan intranquilo no le procuró la luz que hubiera disipado sus tinieblas?

Para explicar estos dos puntos, digo que no se presentó antes el ángel á José por temor de que no le creyese y desconfiara como Zacarías. Fácilmente creemos aquello que ven nuestros ojos; pero lo que no se ve no se cree con la misma facilidad. Por esto no dijo el ángel nada á José y por lo mismo guardó silencio la Virgen, que creía que José dudaría de sus palabras si ella misma le anunciara una cosa tan extraordinaria y temía disgustarle y que tomase su revelación como una excusa para encubrir una falta. Si la Virgen misma que iba á ser colmada de gracias, sintió el efecto de la debilidad humana y dijo al ángel: «Cómo será esto porque no conozco varón?» (Luc. 1, 34) San José debía dudar con más razón de este misterio, al saberlo por la boca de su esposa en la época en que debía aparecerle sospechosa. Por esto guardó silencio la Virgen y esperó el ángel para hablar que llegara el tiempo favorable.—(San Chrysost., hom. 4, in Math.)

III. ¿Por qué no obró Dios con José como con la Virgen y no le anunció el misterio sino después de la concepción? Porque quiso evitarle una grave inquietud y desconfianza. Si el misterio de la concepción divina se hubiese obrado en ella sin que ella estuviese prevenida, fácil es comprender la pesadumbre que hubiera sufrido para ocultar su infancia, porque era una Virgen admirable, y San Lucas nos explica cuál era su virtud cuando nos dice que al recibir la salutación del ángel, ni se entregó á un exceso de alegría, ni creyó ligeramente lo que se le decía, «sino que cuando lo oyó se turbó con las palabras del ángel y pensaba qué salutación fuese ésta.» (Luc. 1, 29).

Una Virgen tan pura y santa hubiera podido morir de tristeza, sólo al considerar el oprobio que la amenazaba. ¿A quién hubiera podido hacer creer que su embarazo no provenía del adulterio? Para evitar, pues, este desorden, la visitó el ángel antes de que concibiera á Jesucristo. Convenía que el casto seno en que debía encarnarse el Salvador del mundo no sufriese turbación alguna, y que el alma de la que había sido elegida para tomar tanta parte en tan gran misterio, conservase una tranquilidad perfecta. Tales son los motivos porque el ángel habló á María antes de la concepción, y á José cuando se conoció ya su preñez.—(Id. *Ibid.*)

IV. El Eterno desde lo alto de su refulgente trono se complacía en ver al hombre justo á quien había sometido á tan dura prueba antes de elevarle al supremo honor de ser su representante sobre la tierra; y los ángeles, fijos los ojos en la santa casa de Nazareth, esperaban con ansia el

resultado de esa lucha íntima y secreta en que combatían la humanidad, el deber, y los más nobles sentimientos del alma. Al fin se decidió el Patriarca por una idea tan generosa como heroica, y que casi le coloca al nivel de la Reina de los ángeles: resolvió sacrificar su honor, la estimación que le había valido una vida sin mancha, los medios de su subsistencia que le proporcionaban el sustento del día, y en fin, el aire de su país natal, que tan grato es respirar cuando uno se acerca a la tumba, y todo por salvar la reputación de una esposa que no procuraba justificarse, y á quien las apariencias acusaban tan cruelmente. No había más que un medio de abandonar á María sin perderla, pues su familia habría provocado explicaciones que se hubieran terminado de un modo fatal: ese medio era el de expatriarse, ir á morir lejos en el suelo del destierro, y atraer sobre sí propio toda la odiosidad de semejante abandono. Hay resignaciones tan gloriosas como los triunfos y dolores sufridos pacientemente, que el cielo premia con tanta munificencia como el martirio: el sacrificio desconocido del esposo de la Virgen, fué de este número. Para conciliar su deber y su humanidad, aceptó de antemano las tristes calificaciones de esposo sin corazón, de padre sin entrañas, de hombre sin conciencia ni fe, aceptó de antemano el menosprecio de sus parientes, el odio mortal de los de María, y resolvió arrancarse con su propia mano la corona de su honor, para arrojársela á los pies de esa joven, cuyo estado misterioso é inexplicable llenaba su corazón de tristeza, y de amargura su existencia.

San Juan Crisóstomo no cesa de admirar la bella y noble conducta de San José. «Era preciso, dice este gran santo, que al acercarse la gracia del Salvador, apareciesen ya muchas señales de una perfección más heroica, que todo lo que hasta esa época se había creído de más perfecto sobre la tierra. Como cuando el Sol va á aparecer, el Oriente se colora de vivos resplandores, antes que los primeros rayos del día hayan tocado al horizonte, del mismo modo Jesucristo, antes de salir del seno de la Virgen, iluminaba ya el mundo antes de nacer. Esta es la razón porque aun antes de su divino nacimiento, los profetas se estremecieron de gozo en el seno de sus madres, las mujeres profetizaron, y José resplandeció con una virtud sobrehumana.»—(Orsini, *La Virgen*).



## ARTÍCULO V

## PLATICA XI

## EL CULTO DE MARÍA NOS FORTALECE

Tres enemigos combaten incesantemente contra nosotros, y no pocas veces menoscaban nuestra virtud. No aflojan un minuto en la lucha, y cuando al parecer están dormidos, no hacen sino acechar el momento de nuestro descuido para asaltarnos con más fuerza. Donde quiera que vamos, allá van con nosotros. Uno de ellos forma parte de nuestro propio cuerpo, habita en el fondo de nuestro ser y se mezcla con nuestra sangre tomando parte ya en nuestras caídas, ya en nuestras victorias. Este enemigo se llama concupiscencia, pero unas veces toma el nombre de orgullo ó espíritu de independencia, y otras sensualidad ó amor al placer. Con él se junta el ángel malo, íntimo enemigo nuestro que impulsa su voluntaria inclinación al mal, que le es familiar, empleando para ello todos los misteriosos recursos de su genio, que es el que produjo las tentaciones que se refieren de San Antonio. Sabido es que este segundo enemigo es el demonio.

El otro enemigo nuestro, el que completa ese trío fatal, nos rodea, nos movemos en su seno, formamos parte de su vida, respiramos su aliento y nos hace participar de sus malas inclinaciones. También le conocéis, sabéis cómo se llama y aun os inspira gratos recuerdos. Se llama el mundo. Grato suena á nuestros oídos, y creemos fácil en ciertos momentos desprendernos de él. Así sería tal vez si no hubiésemos tomado nunca parte en sus placeres. Raros son los que logran apartarle de sí, y para conseguirlo deben esconderse, como San Jerónimo, en el fondo

de una gruta. Difícil y casi milagroso es escapar á los dos primeros.

Preciso es, por lo tanto, hermanos míos, que nos resolvamos á vivir en una lucha perpetua; pero luchemos sin desalentarnos. Algunos vemos que luchan sin cejar, y no parece sino que son de acero. La historia nos habla de muchos hombres que han luchado contra toda clase de peligros, contra los mismos elementos desencadenados, y han subido al cadalso sin temblar; y á estos se les da el nombre de héroes. Mas si nos fuera dado seguir paso á paso las acciones ordinarias de la vida de esos hombres; si viésemos la lucha que han debido sostener contra los enemigos de que acabo de hablarlos, veríais que en ese terreno no fueron tan héroes como en el otro, no vencedores tan espléndidos, sino que más de una vez fueron ellos los vencidos. ¿Por qué así, hermanos míos? Porque esas alternativas son anexas á nuestra naturaleza, que vence unas veces y sucumbe otras. Cuando se le presentan obstáculos, se irrita, y ocasiones hay en que se sobrepone á ellos: cuando se han vencido, cae en la inacción y hasta en la debilidad. El ejército humano vence en las grandes batallas y vencido es en las escaramuzas. La naturaleza necesita de una compañera de lucha que le repita sin cesar estas palabras de la Escritura: *Confortare. Ten valor.* Todavía le hace falta otra cosa; una mano que la levante cuando cae, para seguir luchando. Esta compañera es nuestra devoción á María, el culto de la Madre de la gracia. Tomemos como ejemplo á un joven devoto de María, que esté en la edad en que el mundo, el demonio y la carne ejercen en él su poderosa influencia, y á otro que desdeñe esa devoción, y seguid los pasos de entrambos en el campo de batalla en que van á ser actores. Veréis al primero flaquear á veces y recobrar luego el aliento para resistir los golpes que contra él se dirigen; pero veréis también vencido al segundo



desde el principio de la pelea, é incapaz de guerrear; ¿Por qué tan distinta suerte? Porque el uno ha puesto su esperanza en María que le protege, y el otro sólo ha confiado en sí mismo y ha sucumbido al peso de su propia debilidad.

Sabed, hermanos míos, que viejos como somos, somos siempre niños, y no podemos caminar por el mundo sin que nos lleve de la mano una madre cariñosa. Los santos, esos seres tan inteligentes y penetrantes, porque están en contacto continuo con la verdad divina, nos avisan esto sin cesar y nos aseguran que María es nuestra cariñosa madre.

El día de nuestro bautismo, dicen, nos concibe en su seno. Así lo quiere Dios para que nos forme á manera de Jesucristo. Durante ese tiempo nos nutre con su propia sustancia, porque, dice San Agustín, es preciso que nutra al hijo que lleva en su seno, puesto que no puede funcionar aún por sí mismo. Luego nos da á luz para que contemplemos el sol que nos viene de lo alto, nos amanta, nos carga en sus brazos y nos enseña la fe y la virtud. Nos prodiga sus cariños, es decir, nos inspira la dulzura interior que nos inclina al bien, y nos enseña á caminar sin herirnos entre las espinas que están regadas en el camino de la virtud. Llegado el momento de las pruebas y las tentaciones, nos prepara un alimento más sano y confortable é infunde en nuestra alma sentimientos elevados. Dios nos manda por conducto de María toda la fuerza que necesitamos. No parece sino que de ella habla San Cipriano cuando dice que la Iglesia es la única madre de un gran número de hijos engendrados sucesivamente por una fecundidad celeste á la que debemos una eterna gratitud, porque nos nutrió con su leche y animó con su espíritu. Para terminar os recitaré una pá-

gina de oro de San Anselmo, que reasume cuanto podamos decir y desear:

«¿Qué haré, señora y soberana mía? Sumido estoy en las tinieblas y no distingo la luz del cielo. ¿Dónde iré y dónde podré ocultarme? Donde quiera me veré en presencia de vuestro Hijo que vendrá á juzgarme. En el Oriente y en el Poniente, en el Norte y en el Sur, por todas partes estará presente Jesús, y si ha de juzgar mis acciones según su justicia, más me valiera no haber nacido, ó haber muerto al acabar de nacer. Y ni esto me hubiera valido si quiera, porque fuí concebido en el pecado, y si hubiese muerto sin bautismo, hubiera perecido irremisiblemente. Mas ¡ay de mí! que después de haber sido bautizado y salvado caí en pecado, y no como antes, sino en un pecado más deforme y más horrible, porque soy cual no hay otro en el mundo. Por esto es por lo que busco una ayuda de las que no puede dar el mundo, y que sea la más poderosa después de vuestro Hijo. Yo invocaré con fervor á los Apóstoles, á los Patriarcas, á los Profetas, á los Mártires, á los Confesores y á las Vírgenes; pero vos sois la mejor ¡oh reina de los cielos! porque sois más poderosa que todos estos protectores, porque sois su reina y la reina de todos los santos y de todos los espíritus angélicos, así como la reina de todos los reyes y poderosos de la tierra, de los ricos y de los pobres, de los amos y de los criados, de los grandes y de los pequeños. Tú puedes sola más que todos ellos reunidos. Y ¿por qué eres tan poderosa? Porque eres la madre de nuestro Salvador, la esposa del Espíritu Santo y la reina del cielo y de la tierra. Por eso vengo á tí, y busco tu abrigo y te suplico que me auxilies. Si tú no abogas por mí ninguno de los bienaventurados me auxiliará; si tú me amparas, todos me ayudarán. Millares de pecadores levantan ha-



